



Predicando sujetos

Escritura y tecnologías

Griselda Casabone

Resumen: La escritura, en los cada vez más estrechos intersticios que la tecnología nos deja librados, desarrolla estrategias de negociación y luego de algunos iniciales traspies, encuentra la forma de asimilar los aparatos y, lo más significativo, esperanzador: trascenderlos.

Como efecto secundario, seguramente no planificado, del medio de la red, del corazón de esta babel de intimidad que (se) grita, se erigen nuevos foros, foros que como en los orígenes de la democracia, comienzan a encauzar estas intimidades según gustos, intereses, necesidades, y construyendo, lenta, casi imperceptiblemente, la compleja trama de lo colectivo, la polis cibernética.

Palabras clave: escritura - TICs - redes sociales - dispositivos - cambios.

“Presentía que la historia estaba pasando junto a nosotros y nos acariciaba suavemente como la brisa fresca del río”.

Scalabrini Ortíz

Los dispositivos tecnológicos desafían la capacidad humana de adaptación y dominio; en cuanto creemos dominar uno, irrumpe otro –nuevo, diferente, más sofisticado- para confirmarnos lo evidente: la tecnología ya no es accesoria, un auxilio para hacernos la vida más confortable: constituye y organiza nuestras subjetividades y a través de ellas, constituye y organiza lo común, lo público.

-“☺”

Y con cada novedad, se actualiza el debate: ¿qué pasa con la palabra? ¿Llega el fin de la escritura, de la lectura?

La escritura ocupa –y seguirá ocupando- un lugar preponderante en el devenir de la humanidad. Aunque no es objeto de este trabajo, son harto conocidas las diputas frente a “la amenaza” de cada innovación tecnológica y los consecuentes debates en torno de las maneras catastróficas en que impactarían en la “sagrada” escritura, en la lectura.

Lo que nos interesa, aquí, es pensar de qué manera estas técnicas inciden en los contenidos. Es decir, si hasta fines del siglo XX uno de los valores de la escritura estaba, precisamente, en la libertad del sujeto de elegir sin restricciones sobre qué hablar y escribir, la primera lectura que surge es que ese valor ha dejado de ser prioritario o, al menos, que ya no es el único.

-“Me gusta”.

Las técnicas tienen sus aliados y detractores y mientras los expertos analizan y debaten, los usuarios “las usan” y (se) comunican.

La escritura, en los cada vez más estrechos intersticios que la tecnología nos deja librados, desarrolla estrategias de negociación y luego de algunos iniciales traspiés, encuentra la forma de asimilar los aparatos y, lo más significativo, esperanzador: trascenderlos.

En apariencia, *Facebook*, *Twitter*, *Wassap*, las etiquetas (*hashtag*), irrumpen en nuestras prácticas habituales, se instalan y modifican nuestros modos de interactuar: cada vez menos ciudadanos pueden vivir al margen de estos dispositivos. *Si no estás, no existís*. Y más. Se trata 1) de estar; 2) de cierta manera.

-“Si tiene que ser será... — 😊 me siento feliz”.

(Estado de *Facebook*)

Detrás de cierta apariencia de libertad ilimitada –en cantidad de usuarios y extensión planetaria- desconocida hasta ahora, la realidad revela que las aplicaciones comunicacionales surgen determinando la agenda y los requisitos que debe satisfacer para que logre “hacerse” pública. Junto con las formas, la tecnología direcciona los contenidos:

La apelación a la subjetividad, la interioridad, que el sujeto “se cuenta” como en un diario íntimo publicado, sin reservas. El

territorio que el medio habilita desde estas indicaciones es el de la intimidad, el yo exponiéndose, exhibiéndose, mostrándose a “los amigos”, en palabra e imagen, desnudando una reflexión, un sentimiento, una instantaneidad en un presente constante: qué estás haciendo ahora, cómo te sentís *ahora*, qué pensás *ahora*.

-“Gracias por no ser como no te sale”.

(Mensaje a través de *Wassap*)

Se trataría de contar(se) todo, decirse(se), llamar la atención como un medio para lograr reconocimiento, aceptación. Pero es la narración de una subjetividad que nace disociada: *X #sesientefeliz*, como si al relatarse en tercera persona, al anunciar el estado emocional, la felicidad se volviera menos una declaración de voluntad que un dato verificable: una existencia.

Los dispositivos también regulan la extensión. Se impone la brevedad: en pocas líneas –incluso en caracteres– el usuario, para poder ser y disfrutar de ese momento de explosión del yo, se ve desafiado a ejercitar nuevas síntesis.

La utilización de un metalenguaje integrado por signos hasta ahora ajenos a la escritura convencional (# @), emoticones (☺, ;D), imágenes animadas, abreviaturas, alteraciones de la escritura canónica, nuevas sintaxis que completan faltas del lenguaje (el género, por ejemplo) y a veces reemplazan estructuras completas de sentido (“Ktal? Kdamos oy en ksa. TQM. Bsss”), promoviendo una interpretación incierta en su apertura, pero que no clausura el intercambio; en todo caso, lo deja en suspenso.

Ordenan, a un aparente pasivo usuario, el recorrido: me gusta/ya no me gusta; comenta, responde, comparte, etiqueta a tus amigos.

Una primera lectura, ya que estamos en tema, podría alentar la perspectiva pesimista sobre el signo/sino del aporte de las tecnologías a la comunicación humana: exacerbación de la subjetividad; pensamiento en telegrama, neo escritura rupestre, acotada por las formas, casi infantil. Sin embargo, el tiempo y la cultura – esos maravillosos megaordenadores de lo social que en el devenir permean y estabilizan– habilitan otra interpretación.

“Nada va cambiar demasiado si se piensa que la violencia de género es sólo problema de las mujeres”.

(Posteo de Facebook)

La última y furiosa dictadura que padeció el país cercenó el uso de la palabra pública. El terror de hablar, compartir, escribir, opinar. Quemar o esconder libros y palabras, y con ellos, pensamiento. Un largo y penoso paréntesis en el que se puso en suspenso el ejercicio ciudadano del libre uso de la palabra. Los 90 acrecentaron este proceso a través de mecanismos más sutiles pero no por ello menos dañinos. Explotan los medios y los mensajes pero se vacían de contenidos: la historia ha llegado a su fin. Ahora es el mercado el que impone el discurso: consume, compre, olvide, disfrute, no hay nada fuera del capitalismo. El sujeto es aislado, el pensamiento se aligera, todo es fugaz; el civismo se fragmenta, una nueva violencia se instala: la de la supervivencia.

-“@francks20: Se mira al espejo y sonrío, la sonrisa va más allá. Supone algo que no encuentra, su identidad es una suerte de atrevimiento”.

(Tuit por la Identidad)

Nuestro presente es azaroso, seguramente; caótico, diagnosticarán los agoreros. Tal vez siempre lo ha sido. Lo cierto es que husmeando un poco, revolviendo un poco la superficie de los mensajes, los nuevos dispositivos tecnológicos van habilitando, no sin tensiones y arduas negociaciones, formas de reconstitución de lo colectivo, nuevos discursos. Tal vez fuera necesario llevar el sujeto a su mínima recorte –*replegate, contate, mostrate*– para que de esa sustantividad reducida, aplastada, desde los relatos (de lo) mínimo(s) comenzaran a resurgir las conexiones de la red social fracturada por los autoritarismos de diverso signo, durante tanto tiempo.

Porque como efecto secundario, seguramente no planificado, del medio de la red, del corazón de esta babel de intimidad que (se) grita, se erigen nuevos foros, foros que como en los orígenes de la democracia, comienzan a encauzar estas intimidades según gustos, intereses, necesidades, y construyendo, lenta, casi imperceptiblemente, la compleja trama de lo colectivo, la polis cibernética.

#niunamenos

(Hashtag de la convocatoria a la Marcha contra el femicidio, Argentina, 3 de junio de 2015)

Las TIC democratizan el uso público de la palabra, la desacralizan, la sacan de los lugares y actores tradicionales: escritores, medios, poetas “consagrados”, ostentadores privilegiados, exclusivos y excluyentes de un que es universal. Cada vez más ciudadanos se animan a enhebrar su propio pensamiento, lanzarlo al mundo y reorganizarlo. Si la disputa por la palabra es la disputa por el poder, se ha abierto tal vez una de las más celebrantes grietas en cierta oligopólica y elitista manera de hacer uso, como dice Juarroz, de la palabra “correspondiente al hombre”.

La escritura revive con estas variancias, se nutre e incorpora en su sinuoso devenir, a actores históricamente postergados del uso de la palabra pública, como lo fueron anteriormente de otros bienes simbólicos y materiales. El acceso multitudinario –sobre todo de una juventud que se apropia sin temores ni reservas de los mecanismos y la expresión, y le insufla frescura, naturalidad - no empobrece el idioma ni amenaza su “riqueza”. *Predica al sujeto*, lo pone a actuar sus discursos, diversifica y empodera a una nueva generación de escritores que irán –ansío– sumando sus relatos al relato de una historia que reclama la inclusión de palabras durante mucho tiempo postergadas, censuradas, acalladas, olvidadas.

Nunca se ha escrito tanto como en el presente y nunca, al menos en nuestro país, lo público ha ocupado un lugar tan predominante en la agenda cotidiana de millones de ciudadanos. Los textos que se filtran en este artículo muestran las escrituras que conviven en las redes y ponen de manifiesto la perseverancia de la palabra, su preeminencia, su afán de persistencia, pese a todo y todos. Tal vez porque como la economía, el uso de la palabra social estaba necesitando también ser liderado y redistribuido por LA política.

“Del mundo on line a la marcha: el mapa con las repercusiones de #NiUnaMenos en Twitter”.

(Diario *La Nación*, en línea)